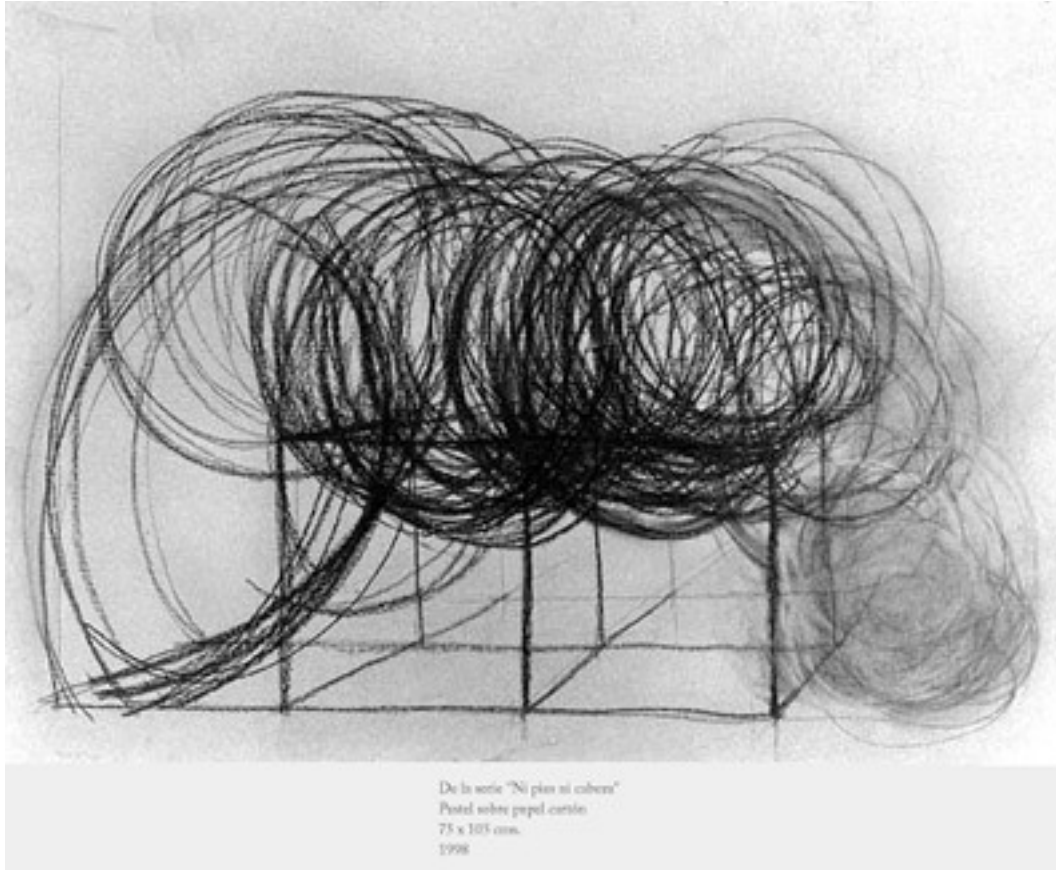


JOSÉ ZUGASTI - GALERÍA VANGUARDIA
SIN PIES NI CABEZA / POINTLESS



José Zugasti (Eibar 1952), siempre ha manifestado que su obsesión es la figura. Un somero recorrido por su trayectoria así lo demuestra. Todos y cada uno de los que alguna vez han escrito sobre este autor, expresan y se detienen en esta cuestión, yo mismo también, ya que sus livianas piezas nos han acompañado como destellos desamparados a lo largo de todos estos años de su trabajo. Con ellas nos hemos sentado, pensado, hemos subido y bajado escaleras en un ejercicio *duchampiano* que nos ha mostrado otro desnudo, esta vez sin piel ni carne. Zugasti, en un personal desarrollo creativo que lo ha convertido en un artista inolvidable por reconocible, nos ha acostumbrado a mirar de otra manera, a ver en profundidad. Con él hemos escrutado lo recóndito de nosotros mismos y hemos descubierto que somos transparentes y débiles. En nosotros no cabe la máscara de la opacidad. Nos mostramos tal cual somos: sombras bien dibujadas. En él la primera pulsión creadora es el dibujo como esbozo que no es sino una metáfora del primer acto creador, una suerte de impronta que nos lleva a un hermético pánico sobre nuestro papel aquí y ahora.

La serie "Sin pies ni cabeza", a la que pertenece esta pieza, rastrea en esa dirección. Las figuras han perdido esos atributos reconocibles, pero siguen siendo ellas, más dolorosas si cabe. Todas ellas expresan un desplome que nos acerca a la tragedia si bien van más allá, para dibujar una terrible paradoja que pone en cuestión las liturgias que hemos seguido a pies y manos juntillas.

Aunque pueda parecer que ya lo tenemos sabido, aún nos sorprende la estructura de los cuerpos. Es una obviedad, pero de tan evidente resulta invisible. Es asombroso que vivos y muertos, seres y cosas, compartamos una misma ley por la cual átomos y partículas danzan en un trozo de espacio. Deseamos vivamente la consciencia y nuestra alma eterna resulte ser tan sólo un ordenado juego de mesa. Nada es tan despiadado como sabernos energía indestructible, como mucho transformada en combustión y vaya usted a saber qué chimenea calentará. Pero en esta travesía, casi siempre el dolor y, menos veces, el placer se encargan de alimentar la estupefacción de vivir y comprobar cómo y de qué forma tan cruelmente injusta, ayudamos a que las implacables reglas secretas del universo se cumplan. Formamos parte de ellas, pero el deseo de romperlas es nuestro patrimonio exclusivo y rebelarnos es la única esquina mortal que tenemos, quizá la más humana. La inmortalidad queda para la materia que siempre, en todos los estados y combinaciones imaginables, mantendrá el tipo y su estructura primigenia. El ser humano no mantiene el tipo. Como un guiñapo o como una sopa sanguinolenta se dobla y se desparrama. Mata y muere. Cumplimos religiosamente la función de dejar de ser nosotros, para que nuestro armazón se doble al igual que un muelle que pronto volverá a ser su primero. Un resorte interior que obedece a no se sabe qué orden, le obliga a que se cumpla la marca bíblica de "polvo somos y en polvo nos convertiremos". Sí, cierto, pero en polvo estructurado. Polvo inmortal.

DANIEL CASTILLEJO / 04

(Para la 7ª Bienal Martínez Guerricabeitia) / **VIOLENCES/** Universitat de València.